la viuda Bargouiller. No habían abierto aún la calle de Rennes, y se entraba en el pasaje del Dragón por una callejuela, bajo una bóveda donde se retorcía un espantoso dragón. Aún existe; es una obra muy notable de estilo Luis XV. Lo han pintado de verde; sería mucho más hermoso con el gris de la piedra. (Un parisién curioso de las antigüedades y de las ilustraciones de su ciudad me asegura que no debemos ilusionarnos acerca del dragón, porque es de yeso y menos antiguo de lo que parece.) En el tiempo ya lejano a que me refiero era más horrible, porque estaba pintado en rojo vivo y daba la sensación de que su garganta inflamada producía un estrépito espantoso. Realmente, al acercarnos oíamos un ruido, comparado con el cual no pasaría de ser un suave murmullo el de los batanes que tanto aterraron a Sancho Panza. Aquel estrépito ensordecedor era producido por centenares de martillos que forjaban el hierro. El pasaje habitado por cíclopes tenía las lanzas de sus verjas pintadas en rojo, como el dragón de la bóveda. Avanzábamos estremecidos a lo largo de las fraguas; la aventura prometía ser maravillosa. Por fin, hacia el extremo del pasaje, en el número indicado por La Chesnais, empujamos una puerta; penetramos en la húmeda obscuridad; respiramos hedor de enmohecido, y tropezamos en viejos armatostes de madera podrida. El estruendo de los innumerables martillos que nos ensordecieron decrecía de un modo tranquilizador. Al cabo de algunos instantes nuestros ojos

se acostumbraron a la obscuridad, y descubrimos una escalera de caracol muy empinada, donde cuelga para servir de apoyo una grasienta soga. Después de haber subido a tientas veinte escalones nuestras manos palpan una puerta. Como no encuentro cordón de campanilla, doy suavemente con los nudillos. Fontanet golpea con más energía.

—¿Quién llama?—pregunta una voz ruda.

—Nosotros.

—¿A quién buscan?

—A la señora Bargouiller.

Se acercan pasos lentos; rechina la cerradura; se abre la puerta; la señora Bargouiller aparece con el rostro enrojecido, peinada como un nido de víboras, con los pechos mal contenidos por una blusa rameada.

La habitación enladrillada servía de comedor y de alcoba. La amueblan una cama grande y una cuna, un aparador de pino y dos sillas de anea. A una de las sillas le falta una pata. Cuelgan de las paredes utensilios de cocina y religiosas imágenes. Hay sobre la chimenea botellas y vasos sucios.

Al preguntarnos lo que deseábamos, la viuda procura endulzar su voz.

—Es usted pobre, ¿verdad, señora?—le dijo Fontanet.

—¡Ay!, ciertamente—suspira la viuda.

Nos invitó a sentarnos, y a pesar de ser menor que yo Fontanet debía parecerle más digno de atención, porque le ofreció un asiento provisto de

almohadones desgarrados y puso a mi disposición la silla coja. Entre gemidos nos contó sus desdichas, originadas por la viudez. Su marido desempeñaba un cargo de confianza en Bercy; murió después de una larga enfermedad en la cual agotaron todos los recursos. Ella hizo colchones, pero no pudo conservar su clientela. Hablaba mucho de sus dos hijos, Alicia y Fermín, pobres criaturas cuya educación era dificultosa. No tenían trabajo y salieron a buscarlo.

Con una gracia y una desenvoltura que admiré, Fontanet la entregó el socorro pecuniario, sin especificar mi participación en aquel sacrificio, seguro de mi modestia. La viuda le llamó señor vizconde y le dió las gracias entre sollozos, enternecida porque Dios enviaba un ángel para socorrerla.

Después nos preguntó si acaso teníamos ropa en desuso y zapatos viejos, porque ella carecía de todo. Nos rogó que la diésemos lo más posible y ella sabría aprovecharlo.

Quiso conocer el nombre de la persona que nos había guiado, y al averiguar que se trataba del hijo de la señora de La Chesnais quedó en silencio, lo cual me hizo suponer que no conservaba muy buenas relaciones con aquella bienhechora.

Se informó cuidadosamente de nuestros nombres y de la importancia de nuestras familias, y nos hizo repetir varias veces la indicación de nuestro domicilio para retenerlo en la memoria.

Nos levantamos y nos despedimos.

Casi ya en el quicio de la puerta nos repitió una vez más que necesitaba vestidos y ropa blanca, tanto para ella como para Alicia y Fermín; nos invitó de manera muy apremiante a volver; nos prometió encomendarnos a Dios en sus oraciones y nos dijo que procurásemos no caernos en la escalera, demasiado obscura.

Salí de aquel miserable tugurio con el corazón seco y sin que me inspirase piedad la viuda Bargouiller; pero el rostro de Fontanet expresaba por el contrario un celo tan piadoso, los goces austeros de la beneficencia y el ardor de un alma caritativa, que al compararme con él sentí vergüenza de mí mismo.

—No se dan bastantes limosnas—suspiró mi amigo—. ¡Ah, de qué goces nos privamos!

Y su morrillo puntiagudo expresaba una santa alegría.

Aquellas palabras, aquella actitud piadosa, aquel aspecto concienzudo, me impresionaron y me esforcé para sentir la caridad tan profundamente como Fontanet.

—¿A qué hueles, Pedrín?—me preguntó mi madre.

Su olfato finísimo la permitía descubrir casi siempre en qué lugar y con quién habían estado en su ausencia las personas de su predilección; pero su confianza en Fontanet la libró de toda inquietud, y no insistió en su pregunta.

A pesar de no inspirarme compasión la viuda

Bargouiller resolví procurarle nuevos auxilios; no era cosa fácil; en toda la semana sólo pude reunir veinticinco céntimos, pobre recurso para una madre y sus dos hijos. Fontanet no había recibido aún nada de su tía. Atormentado por el deseo egoísta de dar, como la viuda Bargouiller había pedido con insistencia vestidos y ropa blanca, fijé los ojos en el armario donde mi madre guardaba mis calzoncillos y mis camisas; tuve la tentación de apoderarme de algunas piezas para satisfacer mi apetito bienhechor. Y cuando la sucesión ordenada del tiempo nos condujo al miércoles, aquella tentación fué ya irresistible. No pude forjarme ilusiones que justificaran a mis ojos aquel acto atrevido, porque tenía entonces acerca de la propiedad ideas mucho más severas de las que tengo ahora, ideas tradicionales. Consideraba que la ropa de mi uso no era mía, puesto que yo no la había pagado. Más adelante adquirí acerca del origen y condición de la propiedad un concepto muy diferente del de la muchedumbre de mis contemporáneos. En la época ya lejana a que se refiere este relato yo era lo menos proudhoniano que se puede ser, y diferenciaba los bienes ajenos de los míos con perfecta claridad; por lo tanto, según mis sentimientos, conforme a mis principios, atenido a mi propia moral, yo no podía entonces disponer de aquellos objetos; mi conciencia me lo vedaba rotundamente. Sin embargo, desoí las voces de la conciencia; entré en mi cuarto, abrí precipitadamente el armario (lo recuerdo bien, era un armarito inglés muy sencillo, de caoba, que me parecía horroroso y debía ser encantador; pero entonces a nadie le agradaba), saqué precipitadamente sin elegirlas, casi al azar, algunas piezas, hice con ellas un paquete que oculté bajo mi abrigo, y escapé acompañado por Fontanet. En atención a los que deseen averiguarlo, diré que llevaba, según creo recordar, dos o tres camisas de dormir, un chaleco de lana o acaso de algodón, y media docena de gorros de dormir, de aquellos verdaderamente odiosos que se llamaban cascos de mecha; gorros emblemáticos del burgués tranquilo. Sin duda lo cogí todo precipitadamente, pero al decir que lo hice al azar no he sido sincero. Los gorros de algodón me horrorizaban, y emplear los míos en limosnas me producía un doble gozo. Esta clara intención impulsóme a poner los más posibles en mi piadoso botín.

Aun ahora el puntiagudo gorro de dormir me parecería una cosa abominable si no recordara que Juanón, según dicen, se lo puso por corona al reyecito de Yvetot. Pero esto no hace al caso.

Fontanet, que ocho días antes había expresado con tanto ardor las delicias de la beneficencia, ya no se interesaba por la viuda Bargouiller y se negó a ir conmigo a su casa, porque tenía resuelto divertirse en un tiro al blanco instalado en una barraca nueva del boulevard del Observatorio. Le hice saber que debajo de mi abrigo llevaba la ropa vieja destinada a los dos hijos de la pobre viuda, y

él me aconsejó que volviera a meterla en el armario o que la tirase por una boca de alcantarilla.

Lo más que pude conseguir fué la promesa de que me esperaría frente al pasaje del Dragón mientras yo realizaba una de las siete obras de misericordia: vestir al desnudo. Encontré a la señora Bargouiller más enrojecida y más inflamada que el primer día, y el nido de víboras más agitado sobre su cabeza. Me pidió noticias del joven vizconde (como llamaba a Fontanet), y cuando supo que no iría mostróse vivamente contrariada.

—Es muy agradable—dijo—y en sus aristocráticos modales descubre su noble condición.

Alicia y Fermín habían salido a buscar trabajo. Su madre no mostró muy vivo agradecimiento al recibir la ropa que yo le llevaba. Con ruego insistente que llegó a parecerme amenazador me repitió que nunca dijese a mi familia adónde había llevado aquellos objetos y me advirtió que las mayores desdichas caerían sobre mí si lo revelase. Pero como no pudo arrancarme aquella promesa, cambió de procedimiento. Gimió, lloró, puso a Dios por testigo de sus desdichas y de sus virtudes. Luego llenó de un licor rojo un vasito y me lo ofreció.

—Es un licor muy sano—dijo—, le fortalecerá.

Rehusé, insistió. Todas las víboras de su peinado se retorcían sobre su cabeza. Bebí para evitar que se prolongara aquel espanto. Me preguntó si podía darle algún dinero para pagar los atrasos de pan; le respondí turbado, que no llevaba. Como

dijo el poeta trágico, «respiré una retirada súbita».

Al extremo del pasaje encontré a Fontanet que debajo del dragón rojo, entre el estruendo de los martillos, acababa de comerse una tártara de ciruelas comprada en la pastelería de la esquina. Apenas me atendió mientras le referí mi entrevista con la señora Bargouiller, y me declaró que desaprobaba mi conducta hasta el punto de renunciar a saber en adelante lo más mínimo de aquella ridícula historia. Fuimos a tirar al blanco. Quiso convencerme de que apuntaba muy bien, pero sólo me convenció por la energía de sus razonamientos, que refutaban el testimonio de mis sentidos.

Yo no estaba tranquilo; al subir la escalera de mi casa, de escalón en escalón iba en aumento mi inquietud. Juzgaba con severidad mi conducta y temía, no sin razón, que se descubriesen mis faltas. Justina abrió la puerta; sus lágrimas habían abrasado sus ojos azules; sus mejillas rojas hallábanse a punto de estallar. Me miró silenciosa con terror.

Encontré a mi madre muy tranquila.

—Hueles a aguardiente—me dijo—; ¿dónde has estado? ¿A quién diste la ropa que te llevaste?

—A una pobre viuda que vive en el pasaje del Dragón, la señora Bargouiller.

—La conozco—dijo mi madre; y con el rostro vuelto hacia mi padre, continuó: —Es la colchonera que me robaba la lana y que perdió toda su parroquia por su afición a la bebida.

Por no reconocer mi ligereza insistí en que aque-

lla mujer era honrada y devota, y añadí que tenía dos hijos a su cargo.

—Es verdad—respondió mi padre—. Tienen esa desgracia. Pero dime, Pedrín, hijo mío, ¿por qué no nos consultaste? Dar limosna es cosa difícil, y confieso que la caridad privada me preocupa mucho. Fué temerario en ti suponer que a tus años, y sin que nadie te aconsejara, podrías realizar lo que exige mucha experiencia y mucha reflexión. Mi amigo el señor Hennequin tiene buenos sentimientos y sin embargo condena la caridad privada y la caridad pública. Es comunista, y asegura que no se conseguirá nada con la beneficencia sin una revolución social. Yo me inclino a creer que una revolución social no es bastante y que se impondría una revolución moral.

Mi madre interrumpió este discurso que visiblemente consideraba impropio del momento.

—Pedrín—me dijo—, ¿por qué no me pediste permiso para llevarte la ropa? No me pediste permiso porque temías que te lo negara. Esa ropa no era tuya; las ideas del señor Hennequin y del señor Proudhon carecen de arraigo. Tú has dispuesto de lo que no te pertenecía. Te disculpo en gracia de tu buena intención, aun cuando seguramente obraste más impulsado por el orgullo que por la caridad, y sobre todo, cediste a tu ligereza. Fontanet no hubiera hecho una tontería semejante; y estoy segura de que no te acompañó a casa de esta mujer cuando llevaste las camisas y los gorros de dormir.

No pude contenerme y protesté contra los elogios a mi camarada, que me parecieron inmerecidos. Estaba seguro de que Fontanet no valía más que yo, y si actualmente no abrigo esta certeza es porque aprendí a dudar de todo.

—Escucha, hijo mío—prosiguió mi madre, y su reprensión era cada vez más firme y severa—. Quiero que conozcas una de las consecuencias de tu mal proceder. Justina descubrió el desorden de tu armario a poco de salir tú; Justina es una muchacha muy honrada, pero su condición humilde la hace temer siempre que se desconfíe de ella. El miedo de verse acusada por el robo de la ropa la produjo una horrible crisis nerviosa. Enloquecía; yo me esforzaba inútilmente para tranquilizarla y convencerla de que no la creíamos capaz de nada malo; pero ella gritaba que los gendarmes vendrían a cogerla y que la encerrarían en la cárcel por una falta que no había cometido.

Estas palabras de mi madre me impresionaron mucho. En el teatro Comte había presenciado una representación de *La urraca ladrona o la sirviente de Palaiseau*. Comprendí mi culpa en las congojas que oprimieron el corazón de mi querida Justina.

Corrí en su busca y la encontré abrumada por el más profundo desconsuelo. La abracé con mucho cariño y la rogué que me perdonase las angustias que mi atrevimiento le había ocasionado involuntariamente.

—¡Ah!, señorito—exclamó entre sollozos—, si usted fuese más inteligente no hubiera hecho tal cosa.

Justina tenía razón; yo no hubiera hecho tal cosa si hubiese sido más inteligente.

II

LOS INFORTUNIOS DE LA HIJA DE LOS TROGLODITAS

Dejé de advertir en Justina el destructivo ardor que la impulsaba en los primeros tiempos de su domesticidad contra la vajilla confiada a su cuidado y los bronces que regalaban al doctor Nozière los enfermos curados y agradecidos. Ya no resonaban a todas horas en la cocina el estrépito de los platos caídos y las frenéticas exclamaciones de la muchacha que se cortaba las yemas de los dedos al picar la carne cocida. Los incendios de la chimenea y las inundaciones del fregadero eran menos frecuentes; los quinqués ya no caían al suelo por su gusto sin que nadie los tocara; y si mi padre insistía en suponer a la muchacha fecunda en catástrofes, si denunciaba con tenacidad el genio destructor de aquella humilde criatura y la acusaba de turbar continuamente el sosiego imprescindible para un hombre estudioso, esto procedía de la incapacidad que impide a la mayor parte de los hombres reformar sus juicios con experiencias nuevas; y se atenía por esta razón a sus opiniones arraigadas y a las ideas preconcebidas. Mi madre,